



La chica de Nueva Inglaterra

Sherwood Anderson

Traducción de Jacques Simon



colección **notraslatitudes**

Nørdicalibros

LA CHICA DE NUEVA INGLATERRA

Sherwood Anderson

Traducción de Jacques Simon



Título original: *The Triumph of the Egg*

© de la traducción: Jacques Simon

Edición en ebook: septiembre de 2013

© Nórdica Libros, S.L.

C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B 28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN DIGITAL: 978-84-15717-51-5

Diseño de colección: Filo Estudio

Corrección ortotipográfica: Ana Patrón y Susana Rodríguez

Maquetación ebook: Caurina Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenido

Portadilla

Créditos

Autor

Sobre el autor

QUIERO SABER POR QUÉ

SEMILLAS

LA OTRA MUJER

EL HUEVO

LÁMPARAS APAGADAS

SENILIDAD

EL HOMBRE DEL ABRIGO MARRÓN

HERMANOS

LA TRAMPILLA

LA CHICA DE NUEVA INGLATERRA

GUERRA

MATERNIDAD

DE LA NADA HACIA LA NADA

I

II

III

IV

V

VI



Sherwood Anderson

(Camden, Ohio, 1876 - Colón, Panamá,
1941)

Cuentista y novelista estadounidense de gran influencia en la narrativa norteamericana, especialmente en el relato breve, a causa de su técnica y de la utilización del lenguaje popular en sus historias. Con él el cuento dejó de ser un género artificial. Sus relatos parecen fruto de la

improvisación, cualidad que los hace, a la vez, líricos y verosímiles.

Su libro de cuentos más famoso es *Winesburg, Ohio*, cuyas historias se van relacionando entre sí a partir del punto de vista de un reportero-narrador, técnica empleada por primera vez en el género del cuento. Sus libros posteriores de relatos, aunque menos conocidos, ratificarían su calidad: *El triunfo del huevo* (1921), del que hemos seleccionado los relatos que componen este libro; *Horses and Men* (1923) y *Muerte en el bosque y otros cuentos* (1933).

Sherwood Anderson (1876-1941), la quintaesencia del escritor estadounidense, no solo fue pionero en las nuevas técnicas del relato corto, también ejerció una enorme influencia en el estilo y las inquietudes de la siguiente generación de escritores estadounidenses, cuyos representantes más ilustres fueron William Faulkner y Ernest Hemingway.

Anderson, natural de Ohio, fue el tercero de siete hijos, y en su niñez llevó una vida itinerante por su padre, que trasladaba constantemente a su familia de una ciudad a otra en busca de trabajo como fabricante de arneses para caballos, una ocupación que pronto se convertiría en un anacronismo en el nuevo mundo del automóvil. Este elemento fundamental de sus primeros años de vida dejaría su huella en su obra como escritor, dado que Anderson fue siempre muy consciente de las transformaciones inevitables que sufrían las almas de los hombres al pasar de un entorno rural a otro urbano. Su padre, conocido con el nombre de «Irve», era también un gran bebedor, y en las tabernas que frecuentaba destacaba como gran narrador de historias, deleitando a su público con relatos más o menos fantasiosos sobre sus hazañas durante la Guerra Civil. En esa condición, y de manera indirecta, fue el primer y principal maestro de escritura de su hijo, al exponerle a la tradición oral del relato que Anderson adaptaría posteriormente de manera inconfundible para desarrollar el estilo de escritura que se denominó «*slice of life*», o narración de lo cotidiano, y que acabaría por convertirse en su marca de fábrica.

En 1894, cuando Anderson tenía dieciséis años, su familia se asentó finalmente en la ciudad de Clyde, en el estado de Ohio, en la que se inspiró al escribir su novela más famosa y más celebrada en todo el mundo, *Winesburg, Ohio*. Mientras su padre era quien aportaba a la familia gran parte del elemento dramático, su madre era la única que le daba cierta paz y seguridad; y fue ella, como Anderson escribió en la dedicatoria de *Winesburg, Ohio*, «la que, con sus certeras observaciones sobre la vida que la rodeaba, despertó en mí por primera vez el deseo de ver más allá de la superficie de las vidas».

Anderson fue al colegio de manera intermitente —no llegó a cursar un año completo de estudios secundarios— porque tenía que trabajar para ayudar a la familia. En 1895, año en que murió su madre, dejó Clyde para instalarse en Chicago, y poco después se alistaría como voluntario en el ejército durante la Guerra Hispano-Estadounidense. Tras el armisticio, completó sus estudios secundarios en solo un año, a los veintitrés, y volvió a Chicago en 1900 para trabajar como creativo publicitario. En 1904 se casó con su primera mujer (después se casaría otras dos veces), que pertenecía a una rica familia de empresarios de Ohio, y con la que tendría tres hijos. En 1907 dejó atrás el mundo de la publicidad para fundar la Anderson Manufacturing Company, una empresa cuyo producto estrella era el «*Roof-Fix*», la «Solución para los Problemas de los Tejados», y que tenía su sede en Elyria, Ohio. Era un negocio próspero, pero Anderson pasaba cada vez más horas de la noche volcado en la escritura, lo que le llevó a desatender su actividad cotidiana como empresario.

Finalmente, en 1912, sucedió algo que llevaría a Anderson a dar un giro radical a su vida. Se dijo que, en aquel año, sufrió una especie de crisis nerviosa que le hizo abandonar de manera definitiva su vida como hombre de negocios para adoptar la vida del escritor a tiempo

completo. Ya fuera una decisión tomada realmente en un único «momento» dramático —como alguna vez lo describió él mismo— o ya se tratara de una idea madurada con el paso del tiempo, lo cierto es que la vida de Anderson cambió radicalmente a partir de entonces.

Cuando regresó a Chicago, sus amigos le animaron a que escribiera. Entre ellos, los miembros del llamado «Chicago Renaissance» —con personalidades tan brillantes como Edgar Lee Masters, Carl Sandburg, Theodore Dreiser o Ben Hecht—. Empezó a publicar poesía experimental y relatos cortos en distintas revistas, como *Little Review*, *Masses*, *Poetry* y *Seven Arts*. Con la ayuda de Dreiser y de Floyd Dell —otro escritor perteneciente a su círculo literario— logró publicar sus dos primeras novelas: *Willy MacPherson's Son* (1916) y *Marching Men* (1917). Pero su obra más aclamada es *Winesburg, Ohio* (1919), a la que le debe su fama y relevancia como escritor. El libro no contiene una trama en el sentido convencional del término, consiste más bien en una serie de relatos individuales entrelazados por un hilo conductor lejano pero coherente, que sirve para poner de relieve de manera emotiva un momento de revelación. Puede decirse que la novela adopta la forma de un círculo narrativo, y que inspiró obras de numerosos autores posteriores, como *En nuestro tiempo* de Hemingway, *Cane* de Jean Toomer, *Un Muchacho de Georgia* de Erskine Caldwell, y *Los invictos* y *Desciende, Moisés* de Faulkner.

Sherwood Anderson escribió muchos más libros después de *Winesburg, Ohio*, aunque ninguno de ellos alcanzó la categoría de su obra maestra, así considerada por crítica y lectores. Pero otras de sus obras se le acercaron mucho. Destacan, por ejemplo, sus colecciones de relatos cortos, como *The Triumph of the Egg*, de 1921, de la que se ha extraído este volumen. Esta obra es similar a *Winesburg, Ohio* en muchos aspectos, sobre todo por su manera de dar

voz a los que no la tienen, a esas almas desconcertadas que deambulan por sus páginas de manera fugaz pero conmovedora. Aquí, en el relato «Hermanos», Anderson presenta una de sus metáforas de la humanidad:

En este día lluvioso el camino que veo desde mi ventana está cubierto por un manto de hojas rojas, amarillas y doradas. Las hojas de los árboles caen fulminadas al suelo. La lluvia las derriba con brutalidad y les niega un último resplandor contra el cielo. En octubre, el viento debería llevarse las hojas, arrastrarlas a través de las llanuras y de los montes. Las hojas deberían salir volando para perderse en la inmensidad.

Anderson procura que a sus personajes *no* se les niegue ese «último resplandor contra el cielo», porque ha hecho suya la misión literaria de concedérselo. Otros relatos incluidos en la colección, en especial «De la nada hacia la nada», casi tan largo como una novela, revela no solo las inquietudes emocionales habituales de Anderson, que en ese caso se reflejan en el viaje a la vida adulta de Rosalind Wescott, sino también otras de tipo político que parecen más propias de nuestro tiempo que de un escritor nacido en 1876. Nada escapa a su visión compasiva de la humanidad mientras entrelaza sus temas relacionados con las almas pisoteadas de las clases más desfavorecidas: mujeres, «negros» y «pieles rojas», esa raza que, «aunque hoy haya prácticamente desaparecido, aún sigue siendo dueña del continente americano... porque en aquellos tiempos ellos amaban la tierra».

Con todo, a la hora de transmitir el punto de vista de Sherwood Anderson, nadie pudo hacerlo mejor que el propio escritor cuando, en mitad de una conferencia, habló de un estado de «semisomnolencia» recurrente.

En los días en los que trabajo intensamente, soy incapaz de relajarme cuando me voy a la cama. Muchas veces caigo en un estado de «semisomnolencia» y, cuando esto me ocurre, se me empiezan a aparecer los rostros de mucha gente... Veo rostros sonrientes, rostros feos y lascivos, rostros cansados, rostros llenos de esperanza....Y todo esto me hace mantener una especie de ilusión que, indudablemente, refleja el punto de vista de un narrador de historias. Tengo la sensación de que esos rostros que se me aparecen así, por la noche, son rostros de personas que quieren que alguien cuente sus historias...

QUIERO SABER POR QUÉ

Aquel primer día en el Este nos levantamos a las cuatro de la mañana. La noche anterior habíamos saltado de un tren de mercancías a las afueras de la ciudad y, con ese instinto que tenemos los chicos de Kentucky, no tuvimos problema en orientarnos por las calles y dar con las pistas y los establos a la primera. Allí sabíamos que ya nada nos podía pasar. Hanley Turner no tardó en cruzarse con un negro que conocíamos. Era Bildad Johnson, un tipo que en invierno trabaja en Beckersville, nuestro pueblo, en las caballerizas de Ed Becker. Como casi todos los negros, Bildad es buen cocinero y, como todo aquel que se precie de ser alguien en esta región de Kentucky, es un apasionado de los caballos. En primavera, Bildad empieza a buscarse la vida por ahí. Un negro de nuestras tierras es capaz de engatusar a cualquiera con tal de salirse con la suya. A Bildad no hay mozo de cuadra o criador de caballos de nuestra región, los alrededores de Lexington, que se le resistan. Al atardecer, los criadores van a pasar el rato al pueblo, a charlar, y a veces acaban jugando una partida de póquer. Bildad siempre va con ellos. Se pasa el día haciendo pequeños favores y hablando de comida, pollo frito a la cazuela, la mejor manera de cocinar patatas o de hornear pan de maíz. Escuchándole se me hace la boca agua.

Y al fin llega la temporada de carreras, esa época del año en que los caballos empiezan a competir y en la calle no se habla más que de los nuevos potros, en que la gente empieza a hacer planes para irse a Lexington, o a los torneos hípicas de Latonia o Churchill Downs, en que los jinetes que se habían marchado a Nueva Orleans o a las

reuniones de invierno de La Habana vienen a pasar una semana a casa antes de volverse a marchar; en ese momento, cuando en Beckersville nadie habla de otra cosa que de caballos y lo único que se respira en el ambiente son las carreras, aparece Bildad, que, como era de esperar, ha conseguido trabajo de cocinero en alguna de las cuadrillas. A veces, cuando pienso que en primavera no se pierde ni una carrera y que se pasa el invierno trabajando en las caballerizas, allí donde están los caballos, allí donde los hombres van a hablar de caballos, me entran ganas de ser negro. Ya sé que puede parecer una tontería, pero los caballos me vuelven loco. Es así, no lo puedo evitar.

Aún no he empezado a hablar de lo que hicimos, así que será mejor ir al grano. A cuatro chicos de Beckersville, todos blancos e hijos de personas respetables que residen habitualmente en Beckersville, se nos metió en la cabeza que teníamos que ir a las carreras, pero no a cualquiera, como Lexington o Louisville; ya puestos, lo mejor era ir al Este, a esa gran carrera de la que tanto habíamos oído hablar en Beckersville, a Saratoga. Por aquel entonces éramos todos muy jóvenes. Yo, el mayor de los cuatro, acababa de cumplir los quince. Reconozco que el plan fue idea mía. También fui yo el que convenció a los demás para que lo intentáramos. Éramos cuatro, Hanley Turner, Henry Rieback, Tom Tumberton y yo. Yo tenía treinta y siete dólares en el bolsillo, los había ganado trabajando los fines de semana de invierno en el almacén de Enoch Myer. Henry Rieback tenía once dólares, y los otros dos, Hanley y Tom, apenas un par de dólares por cabeza. Una vez elaborado el plan, guardamos el secreto hasta el día en que terminaron las reuniones hípcas de Kentucky, hasta que se marcharon algunos hombres del pueblo, los de mayor afición por las carreras, aquellos a quienes más envidiábamos. En ese momento, decidimos largarnos también nosotros.

No vale la pena recordar los apuros que pasamos viajando en trenes de mercancías, solo diré que atravesamos ciudades como Cleveland o Búfalo, y que visitamos las cataratas del Niágara. Allí compramos algunos recuerdos, como cucharas, postales o conchas con dibujos de las cataratas que pensábamos regalar a nuestras madres y hermanas, pero finalmente decidimos que sería mejor no enviar nada a casa. No queríamos poner a nadie sobre nuestra pista y que nos acabaran echando el guante.

Como ya he dicho antes, al llegar a Saratoga lo primero que hicimos fue buscar las pistas. Bildad nos dio algo de comer. Luego nos indicó una cabaña donde pasar la noche y prometió no abrir la boca. En estos casos te puedes fiar de los negros. De verdad, nunca se chivan. Apuesto a que si te cruzas con un blanco cuando acabas de escaparte de casa, por muy buena persona que parezca, por muy bien que te trate, te acaba delatando en menos que canta un gallo. Así son los blancos, los negros no. Son de fiar. Y con los más jóvenes son bastante legales. No sé por qué.

Aquel año nadie quería perderse la reunión de Saratoga, allí se dieron cita muchos hombres de nuestro pueblo: Dave Williams, Arthur Mulford, Jerry Myers, por nombrar unos cuantos. Había otros muchos de Louisville y de Lexington que Henry Rieback conocía, yo no. La mayoría eran jugadores profesionales, como el padre del propio Henry. Es lo que se llama un mozo de apuestas, su trabajo consiste en pasarse la mayor parte del año viajando de carrera en carrera. En invierno, cuando vuelve a Beckersville, no aguanta demasiado tiempo en casa, prefiere ir de ciudad en ciudad apostando a las cartas. A mí me parece un hombre amable y generoso, a Henry no para de enviarle regalos: una bicicleta, un reloj de oro, un uniforme de Boy scout, ese tipo de cosas.

Mi padre es abogado. No nos podemos quejar, aunque no gana mucho dinero y no puede hacerme tantos regalos. De

todas formas, ya no soy un niño y a estas alturas ya ni me interesan. Nunca se ha metido con Henry, no como los padres de Hanley Turner y Tom Tumberton que, según me han contado sus hijos, dicen que ese dinero es de dudosa procedencia y que no les hace ninguna gracia que sus hijos crezcan escuchando ese tipo de vocabulario o se obsesionen y acaben aficionándose a por las apuestas.

Me parece bien, y supongo que saben de lo que hablan, pero no veo qué tiene que ver eso con Henry o con los caballos. Por eso escribo esta historia. Estoy hecho un lío. Como he dicho antes, ya no soy un niño, ya soy mayor, quiero crecer honradamente; sin embargo, en Saratoga vi algo que sigo sin entender.

Desde que tengo uso de razón, los purasangre me vuelven loco. No lo puedo evitar. A los diez años pegué el estirón. Entonces comprendí que ser jinete era algo de lo que podía irme olvidando. Casi me muero de la pena. Harry Hellinfinger, el hijo del jefe de correos de Beckersville, es un auténtico vago y no le gusta trabajar, prefiere ir por ahí gastando bromas a los chicos, mandarles, por ejemplo, a la ferretería a por un taladro para hacer agujeros cuadrados y cosas por el estilo. Un día me gastó una a mí. Me aseguró que si me tragaba medio puro atrofiaría mi crecimiento y que, con un poco de suerte, llegaría a convertirme en jinete. Dicho y hecho. Le birlé un puro del bolsillo a mi padre en un momento de distracción, y me lo zampé de un bocado. Me sentó fatal, hubo que avisar al médico y, lo que es peor, el dichoso puro no me hizo ningún efecto. Seguí creciendo. Era una broma y me la tragué por completo. Al final acabé confesándolo todo. Cualquiera otro padre me hubiera dado una buena paliza, el mío no.

Finalmente, ni se me atrofió el crecimiento ni me morí ni nada por el estilo. Harry Hellinfinger no se salió con la suya. Al poco tiempo, se me metió en la cabeza que quería ser mozo de cuadra, pero también tuve que renunciar a

ello. Ese trabajo suele estar reservado para los negros, y sabía que mi padre no me dejaría hacerlo. Inútil preguntárselo.

Si los purasangre no les vuelven locos será porque nunca han estado en lugares donde los hay a montones. No saben lo que se pierden. Un purasangre es lo más bonito que hay en este mundo. Nada puede superar la belleza, la limpieza, la honradez, las agallas de algunos caballos de carreras. En los grandes criaderos de caballos que hay a las afueras de nuestro pueblo hay pistas donde corren los caballos desde primeras horas de la mañana. Cuántas veces me he levantado antes del amanecer y he hecho a pie las dos o tres millas que hay de mi casa a las pistas. Si por mi madre fuera me quedaría encerrado en casa, pero mi padre siempre le dice: «Deja al chico en paz». Esas mañanas me hago un bocadillo de mantequilla y mermelada, me lo zampo de un bocado y salgo pitando.

Al llegar a las pistas, lo mejor es sentarse en la barrera con los hombres, blancos y negros, que, mientras esperan a que salgan los potros, no paran de charlar y masticar tabaco. A esas horas puede sentirse el frescor de la hierba impregnada del rocío de la mañana. En los campos cercanos hay hombres arando, y en las cabañas donde duermen los negros de las pistas otros fríen comida. Hay que ver cómo se ríen los negros y cómo logran contagiarte su humor. Los blancos no tienen ese don, tampoco lo tienen todos los negros, por cierto, pero los negros que trabajan en las pistas lo tienen muy arraigado.

Y por fin salen los potros. Algunos los montan los mozos de cuadra, pero casi cada mañana, en las grandes pistas propiedad de esos ricos que tal vez vivan en Nueva York; cada mañana, unos cuantos potros, algunos viejos caballos de carreras, castrados, y yeguas, andan casi siempre por ahí sueltos.

Cuando veo correr un caballo se me hace un nudo en la garganta. No con todos, solo con algunos. Los buenos los reconozco a la legua. Es algo que llevo en la sangre, igual que los negros de las pistas y los preparadores. Sé distinguir un caballo ganador, así de sencillo, incluso si solo va trotando. Tengo un truco, si me duele la garganta y me cuesta tragar, entonces sé que ese caballo es un ganador. En cuanto den el pistoletazo de salida, empezará a correr como Sam Hill, y costará creer que no gane siempre, y si no lo hace será porque le habrán obstruido el paso o le habrán empujado o habrá salido mal o algo así. Si quisiera ser jugador como el padre de Henry Rieback, podría hacerme rico. Sé que podría y Henry también lo sabe. Debería limitarme a esperar sentir ese dolor y luego apostar hasta el último centavo. Eso haría si me interesara ser jugador, pero no me interesa.

En esas pistas —no me refiero a las de carreras, sino a las de entrenamiento que hay cerca de Beckersville— no se suele ver este tipo de caballos, pero aun así vale la pena pasarse por allí cada mañana. Cualquier purasangre sano, nacido de una buena yegua y bien preparado, sabe correr. Si no, más le valdría estar tirando de un arado.

Es muy bonito verles salir de los establos con los chicos sobre el lomo. Uno se empieza a retorcer en la barrera y siente un extraño cosquilleo por todo el cuerpo. Mientras, en sus cabañas, los negros no paran de reír y cantar. Menudo ambiente. Preparan café y fríen tocino. Huele que alimenta. En esas mañanas, puedo asegurar que no hay nada como el aroma del café, el estiércol, los caballos, los negros, el tocino frito y el tabaco de las pipas. Es algo adictivo, así de sencillo.

Pero volvamos a Saratoga. Nos quedamos allí seis días y en todo ese tiempo no nos cruzamos con nadie de nuestro pueblo. Todo salió a pedir de boca: buen tiempo, buenos caballos, buenas carreras, qué más se puede pedir. El día

que decidimos volver a casa, Bildad nos dio para el viaje una cesta con pollo frito, pan y otras cosas de comer. Cuando llegamos a Beckersville todavía me quedaban unos dieciocho dólares. Al verme, mi madre se puso a llorar y me echó la charla, mi padre, en cambio, no dijo gran cosa. Les conté todas nuestras aventuras. Bueno, casi todo. Hay algo que no he contado, algo que solo presencié yo. Y por eso escribo. Estoy hecho un lío. No dejo de pensar en ello cada noche. Aquí va la historia.

En Saratoga, pasábamos la noche en la cabaña que Bildad nos había ofrecido, comíamos con los negros por la mañana temprano y también por la noche, cuando la gente que presenciaba las carreras había abandonado las pistas. Por lo general, los que venían de Beckersville preferían quedarse en la tribuna o en la zona de apuestas, no estaban especialmente interesados en los sitios donde se guardaban los caballos. Antes de cada carrera como mucho se pasaban por los establos para ver ensillar los caballos. En Saratoga no hay establos cubiertos como en Lexington, Churchill Downs y otras pistas de nuestra región, allí la costumbre es ensillar directamente los caballos al aire libre, bajo los árboles, en un césped tan verde y resplandeciente como el del jardín del Banker Bohon, aquí en Beckersville. Es una pasada. Los caballos brillan, sudorosos y expectantes; los hombres, impacientes, fuman puros mientras los observan; allí van también los preparadores y los propietarios. El corazón empieza a latir con tal fuerza que es casi imposible respirar.

Cuando la corneta toca a sus puestos, los jinetes salen corriendo con sus trajes de seda, y más vale darse prisa si quieres coger un buen sitio en la barrera, junto a los negros.

Sigo queriendo ser preparador o propietario, y por eso, antes de cada carrera, me pasaba por los establos aun a sabiendas de que corría el riesgo de que pudieran verme y

mandarme de vuelta a casa. Los demás chicos no se atrevían, pero yo no tenía ningún reparo en pasarme por allí.

A Saratoga llegamos un viernes, y el miércoles de la semana siguiente se disputaba el gran Handicap de Mullford. Dos de nuestros mejores caballos —Middlestride y Sunstreak— participaban en la carrera. Hacía buen tiempo, la pista estaba en óptimas condiciones. Como se pueden imaginar, la noche anterior no pude pegar ojo.

Curiosamente, estos dos caballos me hacían sentir ese nudo tan particular en la garganta. Middlestride es un ejemplar más bien largo, castrado, de aire desgarrado. Pertenece a Joe Thompson, un pequeño propietario de nuestro pueblo que únicamente tiene media docena de caballos. Middlestride solo tiene un punto débil, le cuesta bastante arrancar y el Handicap de Mullford dura únicamente una milla. Cuando sale va a paso de tortuga y suele quedarse algo rezagado, pero a mitad de carrera empieza a acelerar y después ya no hay quien le pare. Si la prueba durara media milla más se merendaría a sus adversarios, estoy seguro.

Sunstreak es harina de otro costal. Es un semental inquieto, criado en la mayor granja de nuestra región, la Van Riddle, propiedad del señor Van Riddle de Nueva York. Yo lo comparo con esas chicas que te quitan el sueño pero que son totalmente inaccesibles. Es fuerte y elegante. Al verle me dan ganas de comérmelo a besos. Su preparador se llama Jerry Tillford, nos conocemos desde hace tiempo y siempre ha sido amable conmigo; hasta me deja entrar en el establo de sus caballos para verlos más de cerca. Nada puede compararse a ese caballo. Aunque pueda parecer tan tranquilamente atado, como si la cosa no fuera con él, por dentro es una bomba a punto de estallar. En el momento en que se levanta la barrera, sale disparado del cajón y hace honor a su nombre, Sunstreak —Rayo de Sol—. Duele

mirarlo, hace hasta daño, agacha la cabeza y corre como si estuviera poseído, parece un perro de presa. En mi vida he visto a otro caballo correr como Sunstreak, excepto a Middlestride cuando arranca y empieza a espabilar.

Me moría de ganas de presenciar la carrera y de ver competir a esos dos caballos. Me moría de ganas pero también de miedo. Era injusto que uno de los dos tuviera que perder. De nuestras tierras nunca habían salido caballos tan competitivos. Todo el mundo lo decía, hasta los más viejos del lugar. Era un hecho.

Antes de la carrera me acerqué a los establos a ver qué tal iba todo. Le eché un último vistazo a Middlestride, que en el establo, todo hay que decirlo, no impresiona demasiado. Luego me fui a ver a Sunstreak.

Era su día. Lo supe nada más verlo. Sabía que debía pasar desapercibido, pero me dio igual, me acerqué a él sin pensar en las consecuencias. Allí estaban reunidos todos los hombres de Beckersville, pero salvo Jerry Tillford nadie advirtió mi presencia. Él me reconoció y entonces sucedió algo. A ver si logro explicarlo.

Yo estaba ahí, de pie, contemplando aquel caballo con un nudo en la garganta. En cierto modo, no sé cómo explicarlo, sabía exactamente cómo se sentía. Estaba sereno, dejaba que los negros le frotaran las patas y que el propio señor Van Riddle lo ensillara, pero por dentro era un torrente incontenible. Un poco como el agua del río Niágara justo antes de precipitarse por las cataratas. Aquel caballo no pensaba en correr. Ni falta que le hacía. Solo pensaba en contenerse hasta el inicio de la carrera. Yo lo sabía. En cierto sentido, era como si pudiera ver en su interior. Ese caballo iba a hacer la carrera de su vida y yo lo sabía. Estaba callado, sereno, no relinchaba ni llamaba la atención; esperaba, sin más. Yo lo sabía, y Jerry Tillford, su preparador, también lo sabía. Levanté la cabeza, y aquel hombre y yo nos miramos a los ojos. Entonces sentí algo.

Supongo que quise a ese hombre tanto como al caballo porque él sabía lo mismo que yo. En aquel instante habría jurado que en el mundo solo estábamos ese hombre, el caballo y yo. A mí se me cayeron las lágrimas y a Jerry Tillford le brillaron los ojos. Entonces me dirigí hacia la barrera para esperar a que empezara la carrera. Ese caballo era mejor que yo, más pausado y, como pude comprobar después, también era mejor que Jerry. Era el más tranquilo de los tres, y eso que era él quien estaba a punto de salir a competir.

Como cabía esperar, Sunstreak se alzó con la victoria, pero además pulverizó el récord mundial de la milla. Si algún día me quedo ciego, al menos podré decir que fui testigo de aquello. Todo sucedió según lo esperado. Middlestride tardó en arrancar, quedó rezagado, intentó remontar posiciones, pero solo pudo quedar segundo. Algún día él también batirá algún récord. En lo que a caballos se refiere, nuestra tierra no tiene rival.

Me tomé la carrera con tranquilidad porque sabía cuál iba a ser su desenlace. No me cabía ni la menor duda. Hanley Turner, Henry Rieback y Tom Tumberton estaban mucho más nerviosos que yo.

Durante la carrera me ocurrió algo extraño. Me puse a pensar en Jerry Tillford, el preparador, y en lo que debía de estar sintiendo en esos momentos. Aquella tarde, llegué a querer más a ese hombre de lo que nunca había querido a mi padre. De tanto pensar en él casi me olvido de los caballos. Estaba obsesionado por lo que había visto en su mirada cuando estaba de pie junto a Sunstreak, antes del inicio de la carrera. Sabía que Jerry Tillford había cuidado de Sunstreak desde que era un potrillo, que le había enseñado a correr, a tener paciencia, a reconocer el momento de soltarse y a no darse nunca por vencido. Cuidaba de ese caballo como si fuera un hijo que está

llamado a hacer grandes cosas. Nunca antes había sentido nada parecido por un hombre.

Aquella noche, después de la carrera, me separé de Tom, Hanley y Henry. Quería estar solo, o más bien quería intentar estar cerca de Jerry Tillford. Esto fue lo que ocurrió.

La pista de Saratoga queda en las afueras de la ciudad. Está muy cuidada, hay árboles por todas partes, un bonito césped, todo está en perfectas condiciones. Más allá de la pista, hay una carretera asfaltada por donde pasan los automóviles, y a unas millas de allí hay un desvío que lleva a una granja medio abandonada situada en medio de un campo.

Aquella noche me puse a caminar por esa carretera porque había visto a Jerry y a otros hombres subir a un automóvil y tomar aquel camino. No esperaba encontrarlos. Caminé un buen rato y luego me detuve a pensar junto a una valla. Quería estar lo más cerca posible de Jerry. Sentía su presencia. Al rato enfilé el desvío —no sé por qué— y llegué a aquella extraña granja. Me sentía solo, quería ver a Jerry, me sentía como un crío que quiere que su padre se quede toda la noche a su lado. En ese preciso momento, apareció un automóvil. En él iban Jerry, el padre de Henry Rieback, Arthur Bedford, Dave Williams y otros dos hombres que nunca había visto antes. Se bajaron del coche y entraron en la casa, todos salvo el padre de Henry Rieback, que discutió con ellos y dijo que él ahí no se metía. No debían de ser más de las nueve, pero estaban ya todos borrachos. Cuál fue mi sorpresa al darme cuenta de que aquella granja era en realidad un antro de mujeres de mala vida. Ni más ni menos. Me acerqué sigilosamente a la valla, y miré por la ventana.

Se me revuelven las tripas solo de pensarlo. No logro entenderlo. Todas las mujeres de la casa eran feas, vulgares, no daba ninguna gana de mirarlas ni de pasar un